

DISCOTECA



Son las 2:00 a.m. y, entre todas las personas a las que podría escribirle, solo pienso en él. Salgo de la discoteca mientras la música todavía retumba en mi cabeza y el perfume mezclado con alcohol sigue pegado a mi piel. Mis amigas quieren quedarse más tiempo, pero yo ya no tengo ganas. Me apoyo del carro, saco el celular y miro la pantalla unos segundos. Siempre termino pensando en él cuando la noche empieza a sentirse vacía. Y esta noche tampoco puedo evitarlo.

Le escribo: “¿Estás despierto?”.

Tarda un poco en responder, lo suficiente para hacerme creer que ya duerme. Pero entonces aparece el mensaje: “Sí... ¿todo bien?”. Sonrío. Le digo que salí de la discoteca y que quiero pasar a saludarlo un rato. Él responde que vaya, como si ya supiera que terminaría apareciendo.

Cuando llego, me abre despeinado, con esa calma que siempre tiene. Entro despacio. Llevo un vestido negro elegante, corto lo suficiente para dejar que mis medias pantis hagan el resto. Siento cómo me mira apenas cierro la puerta, pero ninguno comenta nada.

Me quito los tacones y me siento en el sofá mientras él sirve dos vasos. El apartamento está en silencio, apenas iluminado. Después de toda la música y el ruido, esa tranquilidad se siente peligrosa. Hablamos de cualquier cosa, aunque los dos sabemos que no es la conversación lo que realmente nos mantiene despiertos.

Me acerco más y dejo mi mano sobre la suya. Él no la aparta. Lo miro unos segundos y sonrío cuando noto cómo baja la vista a mis piernas antes de volver a verme a los ojos. Entonces le digo que estoy cansada y que no quiero manejar así.

Camino hasta su habitación sin esperar respuesta. Me acomodo en su cama y cierro los ojos un momento. El olor de sus sábanas se mezcla con mi perfume mientras escucho sus pasos acercarse. No sé qué va a pasar después, y por primera vez en toda la noche no me importa. Porque hay noches que no cambian tu vida... pero sí la dirección de todo lo que viene después.